

TENEMOS al hombre ante un presente determinado: la muerte de un amigo —una situación política inadmisible — un trabajo absurdo e inútil — un íntimo malestar — una enfermedad paralizante — o más simplemente, un clima insoporrible, lluvia o calor.

Este presente está ahí, ineludible, doloroso, aplastante, negro, descorazonador, a veces ridículo, vulgar, pero siempre impuesto e inevitable.

El presente aceptado

Bartolomé Meliá S. J.

Difficil presencia

El presente, por definición, está ahí, con su pesada actualidad y nos mantiene forzosamente en su seno. Parece, por tanto, una simpleza la recomendación de que debemos estar presentes a nuestro presente. Sin embargo, tanto filósofos como sicólogos nos hablan de esta difícil presencia a uno mismo, que debe ser el fundamento de toda verdad sobre sí mismo y con el mundo. Para nosotros, lo que aquí interesa es la realización del presente espiritual, base también, creemos, de una vida espiritual, sana y verdadera en su relación con el Dios vivo y presente.

Bastará recurrir a nuestra experiencia interior para sorprendernos continuamente ausentes del instante en que vivimos. Es este presente, del que parece que no nos podemos librar cuando más lo queremos, el que con más facilidad se nos escurre de entre los dedos. Vivimos frecuentemente en los ensueños del pasado o en las fantasías del porvenir; siempre un poco atrasados o un poco adelantados con respecto al presente que nos lleva y en el que estamos.

El pasado

El presente está ahí, hemos dicho, con toda su virulencia y dureza, a menudo con su impenetrabilidad incomprendible. Es en este momento, cuando buscamos en el pasado un refugio que nos ofrezca un poco de seguridad. Muy pronto en la vida del hombre hay ciertos rincones del pasado que adquieren los caracteres de un paraíso perdido, a los que nos gusta retroceder con la memoria, y “que nos parecen tan bellos que todos los volvemos a pintar, ya de un color ya de otro, y que acaban por no parecerse en absoluto a lo que eran”.

Este retorno al pasado y hasta la instalación definitiva en él nos exime de afrontar el presente, pues creemos encontrar en la costumbre, en aquel “en mi tiempo no se hacía así”, la respuesta contundente, la llave que abre todas las puertas.

Ya veremos después cómo el pasado puede y debe ser el objeto de una lectura inteligente y, en nuestro caso, espiritual; pero antes hay que tomar conciencia de este retroceso al pasado, que deshace la verdad de nuestra vida, cuando es evasión tímida o morbosa hacia el mundo de los recuerdos inoperantes. Un salón lleno de todos estos pequeños objetos que el tiempo ha po-

dido acumular, en el que se respira este olor a viejo tan característico —las sillas en sus fundas, hasta el reloj parado, como si todo pretendiera estacionar el tiempo—, podría ser la imagen material de este pasado. Sepamos que hay almas que gustan de este refugio, y que nosotros no estamos nunca seguros de estar libres de esta tentación.

¿Estamos tan lejos de aquel personaje, que habiendo guardado copia de todas sus cartas, encontraba en la lectura de lo que él creía haber predicho el consuelo en las calamidades presentes? Este gusto por releerse a sí mismo con el repetido examen de nuestra vida pasada, no hay duda de que debe ser purificado por quien desee entrar en una vida espiritual sincera. Esta necesidad de dominar su pasado no es meramente psicológica. S. JUAN DE LA CRUZ en sus primeros 15 capítulos del libro III de la *“Subida al Monte Carmelo”* habla de la purificación de la memoria, aplicable incluso al recuento mismo de los bienes espirituales. Igualmente en la *“Noche oscura”* (II,9) dice que “los hijos de Israel, sólo porque les había quedado una sola afición y memoria de las carnes y comida que habían gustado en Egipto, no podían gustar el delicado pan de los ángeles en el desierto, que era el maná, el cual como dice la divina Escritura, tenía suavidad de todos los gustos y se convertía al gusto que cada uno quería (Sap. 16,21)”.

Lo que hay de más vituperable en la actitud del fariseo, no son sus obras, sino el recuento de su pasado, que para él constituye un asiento de seguridad, a su modo de ver incommovible e indiscutible. Y por el regusto que siente en las obras satisfactorias del pasado, pierde así su presente.

A veces nuestro recurso al pasado no se hace porque allí encontremos un recuerdo halagador de éxitos y buenas obras sino que volvemos a él como atraídos por un abismo de descorazonamiento y desesperación por el mal que he-

mos hecho. En este caso nos instalamos en nuestro pasado con despecho. La imagen sería aquí la del criminal que vuelve, no arrepentido, sino derrotado, al lugar de su crimen. Nos invade el extraño sentimiento de que todo lo sucedido, ha tomado como una figura de eternidad; que nada podemos ya cambiar a nuestros actos, y que, puesto que éstos han sido malos, no tenemos más remedio que aspirar continuamente el mal olor que su podredumbre levanta en el fondo de nuestras almas. Creemos que, aprisionados por nuestros actos, el pasado no nos deja salir de sí.

Las últimas páginas de *“El fin de la noche”* de MAURIAC nos dan la imagen del pecador replegado sobre un remordimiento falto de amor. Teresa Desqueyroux no puede, en su desolada vejez, salir de la noche de sus actos.

Tal vez no haya nada más difícil que la renuncia a un pasado culpable, sobre todo en almas que habían impuesto a su vida un lema de pureza intachable, que consideran su caída como un irreparable daño propio, porque no les interesaba tanto estar humildemente ante Dios como poder presentarse ante sí mismas enteras, constantes y perfectas. No es Dios quien nos cierra su misericordia; podríamos decir que, aunque el perdón viene sólo de su mano, no quiere perdonarnos antes de que nosotros nos perdonemos a nosotros mismos. El arrepentimiento es reconocimiento del mal y no instalación en la amargura de un remordimiento personal, que deja de tener a Dios como término y que duele solamente por ser una debilidad humillante para la perfección del propio yo. Y, sin embargo, sólo la aceptación del pasado, como pasado, podrá abrirnos la puerta del presente.

La exigencia del Señor es que no es digno del reino de los cielos el que habiendo puesto la mano al arado, echa la mirada atrás (Lc 9,62).

El futuro

También, como evasión de un presente opaco e hiriente, buscamos en los espejismos del futuro nuestra consolación. Este desfasamiento respecto al presente, rompe igualmente la verdad de la vida que debe ser conformidad con lo real. Hay una huída hacia adelante, hacia una construcción quimérica de nuestro porvenir, que no siempre es fuente de energía ni de simple sentido común. Buscamos en un futuro utópico la compensación a un presente gris, pero esto no hace sino prolongar indefinidamente este mismo presente de inactividad soñadora.

Frecuentemente el cristiano ha sido considerado como un desertor que se evade de la situación presente, que no colabora con sus hermanos a los que abandona, que piensa poder atravesar este mundo sin mezclarse con él. Y, mirando las estrellas, tropieza estrepitosamente con la realidad. El cristianismo es la religión de la esperanza, no de la futurización alineadora. LAIN ENTRALGO en "*La Espera y la Esperanza*" analiza bastante correctamente las posibles actitudes que el cristiano puede adoptar en su espera. Y descubre certamente que no toda proyección en el futuro es para el cristiano esperanza (1).

Ni siquiera la espera de un mundo por venir, en el que Dios será premio de nuestras obras, nos autoriza a despreocuparnos del presente, a descuidarlo, a desinteresarnos de este mundo, efímero y superficial por definición.

Lo mismo que respecto al pasado, hay para el futuro una actitud cristiana, pero ésta no puede ser simple futurismo, vida de anticipación ilusionada. A veces hay cristianos, incluso los mejores, que creen haber solucionado

toda dificultad presente con el recurso a los bienes futuros. La consolación por ellos propuesta es análoga a la del amigo de Job (8,7): "*tu antigua suerte te resultará insignificante frente a la prosperidad futura*". Pero Job en su incommunicable sufrimiento —"*¡oh, si pudiera pesarse mi aflicción, si juntos se pusieran en una balanza mis males! pesaría más que las arenas del mar*"— no puede contentarse con las compensaciones futuras que le promete su amigo (Job 4,17-5,27). Una cosa queda clara: que, frente al dolor incommensurable del presente, el recurso a compensaciones y consolaciones pasadas o futuras, el recurso a la evasión no nos conduce a la verdad con Dios.

¡Cuántas inquietudes, imaginaciones, temores, fobias, deseos y fantasías sobre nuestro futuro vacían nuestro presente de su plenitud! Y esto no sólo en el terreno de nuestra vida mundana, sino más aún en el terreno de nuestra vida espiritual. Poner el presente entre paréntesis, es poner entre paréntesis la verdad; y esto no se hace nunca sin gran perjuicio.

"Hay gente que no vive la vida presente: con la mayor aplicación diríase que se dispone a vivir otra vida, no ésta. Mientras tanto, dejan perder el tiempo" (2).

Esta afirmación debe ser matizada en lo que supone de negación de la esperanza, pero es justa en el valor que concede al presente como tal.

El presente

"No se puede adquirir la paz que es el efecto de una secreta humildad, si no cesamos de reflexionar sobre nosotros mismos para mirar sólo a Dios, sus misterios, y sus gracias presentes:

(1) PEDRO LAIN ENTRALGO, *La Espera y la Esperanza*, Madrid 1958, 2 ed., p. 354, nota 5.

(2) ANTIPHON LE SOPHISTE, Trad. L. Cernet, colección Budé, París 1923, fragmento 13.

la verdadera dependencia consiste en meter en orden el momento presente fuera del cual Dios nos niega toda actuación" (3).

Si hasta aquí hemos rechazado un cierto modo de vivir en el pasado o en el futuro, ahora debemos decir que el presente cristiano sabe aprovecharse del pasado y del futuro, pero no para vaciarse de su contenido, sino para enriquecerse y adquirir una densidad propia hecha de plenitud y de gracia.

La doctrina del presente cristiano puede ofrecerse bajo varios aspectos. Para tratarlo de una manera más netamente espiritual, podemos apoyar nuestra reflexión sobre el testimonio de unas monjas de clausura a las que se había hecho la siguiente pregunta: "¿hasta qué punto el instante presente es el sacramento de su encuentro con Dios? ¿cómo acepta Vd. la necesaria renuncia al pasado y al porvenir para estar presente a este instante?" (4).

"Se llega a Dios en el instante presente aceptándolo tal cual es".

"Cada instante nos trae la voluntad de Dios, esto es, a Dios mismo".

"El deseo de la evasión es una tentación".

(3) SAINT-CYRAN. Citado por JEAN ORCIBAL, *Saint-Cyran et le jansénisme*, Ed. Seuil, 1961, p. 86. A pesar de los graves errores doctrinales de Saint-Gyran en otros puntos, creemos que el principio aquí anunciado no tiene nada que objetar. Es evidente, sin embargo, que actuando en nuestro presente, ponemos en juego todas sus virtualidades reales en orden al futuro.

(4) *La Vie Spirituelle*, julio 1962, p. 126 y ss. Este admirable número recoge el testimonio —selección de más de mil páginas manuscritas— de monjas de clausura que han querido contestar una encuesta que se les había propuesto. Acertadamente el título que se ha dado a este fascículo es el de «*Dieu leur suffit*» (Dios les basta).

"Se trata de hacer de cada instante un acto de amor y de unión con Dios, muy simplemente, muy prosaicamente, con la aceptación total y gozosa del minuto presente, sin inquietarse por lo que ha sido, lo que hubiera podido ser o lo que será".

Si estos testimonios se expresan con términos de aceptación, digamos que esta aceptación es más activa que pasiva. Cuando sabemos la vehemencia de la tentación que intenta retenernos en el pasado o lanzarnos a un futuro quimérico, podemos sospechar que este encuentro con la verdad de nuestro presente no se hace sin la gracia de Dios, por una parte, y un serio esfuerzo de purificación y austeridad de nuestra fantasía y de nuestra memoria, por la otra.

"Hay sin embargo una presencia posible del pasado y del futuro que puede facilitar el encuentro con Dios. Es, por ejemplo, el recuerdo de los beneficios de Dios o la esperanza de su misericordia; pero en este caso es necesario que el pasado y el futuro se despojen de cuanto tienen de irreal y heterogéneo para entrar dentro del momento presente y hacer cuerpo con él" (5).

Esta es la conclusión también a la cual llega JEAN MOUROUX al intentar definir, desde un punto de vista más teológico, la estructura espiritual del presente cristiano: *el presente es un nudo de relaciones con el pasado y con el porvenir*. "Este presente espiritual es un presente de esperanza... es un presente de acción de gracias... un presente de súplica... un presente de combate, puesto que no se mantiene si no es con la condición de ser afrontado duramente, victoriosamente, frente a un presente pecador" (6).

(5) *Ibid.*, p. 131.

(6) J. MOUROUX, *Structure spirituelle du présent chrétien*, Rech. Scien. Rel., t. 44, 1956, p. 23. El mismo autor acaba de publicar *Le Mystère du Temps*, Aubier 1962, estudio teológico del mayor interés.

Por tanto, al insistir sobre el respeto, devoción diríamos mejor, al presente, no queremos decir que el presente del cristiano deba ser una inmersión en el mundo, en la sensación instantánea, en un quehacer puramente terrenal, desprovisto de toda relación con el pasado y de toda abertura hacia un futuro de esperanza. Al contrario, decimos que sólo esta conformidad con el presente, vivido plenamente, con todo su riesgo, con su compacta dureza, pero al mismo tiempo con toda su adhesión vivificante a la voluntad de Dios (“hoy” de gracia que se me otorga, oportunidad salvífica, el *καίρός* tan rico de contenido en el Nuevo Testamento), sólo este presente, repetimos, puede dar sentido al pasado, que de otra manera se desvanece poco a poco en la memoria, y puede dar sentido al futuro, promesa de misericordia y esperanza.

Así, la lectura del pasado se hace provechosa, porque es lectura de la gracia de Dios, cuando este pasado deja de ser mi pasado, para hacerse el pasado de la gracia de Dios en mí. Los grandes “*memoriales*” de un beato Fabro, de S. Alonso Rodríguez, la “*vida*” de Sta. Teresa, las “*confesiones*” de San Agustín tienen este sentido.

Y el futuro deja de ser transposición a un mundo de conjeturas y probabilidades, más o menos angustiosas e irreales, para basarse en el mañana, disponible a solo Dios, que hoy —eterno hoy de Dios— vela, ama y guarda en el amor a sus hijos. Por esto confiamos en la palabra del Señor: “*no os inquietéis por el mañana, pues el mañana se preocupará de sí mismo; bástale a cada día su trabajo*” (Mt. 6,34).

Por tanto ya sabemos que la afirmación sobre nuestro presente, cuando esta afirmación se hace cristianamente, no es reclusión dentro de los límites de un mundo sin horizontes —entrar en el misterio, no es entrar en el absurdo—, sino la única manera de no per-

der nuestro pasado y de vivir nuestro futuro, en su realidad de gracia y promesa divina.

El siervo fiel se mantiene en la fidelidad al momento presente, y en él espera, no fuera de él.

Sólo así, ante el tedio de la vida, el dolor, la violencia del presente, de la que hablábamos al principio de estas páginas, cumplimos la misión que nos ha sido confiada.

“Un acto humano, en cada momento, es todo lo que poseemos para “crecer en santidad”. Por este acto y en este acto, en cada instante, nos hacemos más o menos santos o más o menos malos” (7).

No hay otra vida para un cristiano que aquella de la que es responsable hoy y que le compromete para siempre. El cristiano reconoce en el presente un don de Dios, la acción de Dios en cada instante.

El abandono a la Providencia de Dios así entendido pierde su carácter de inercia, que una falsa comprensión de la acción de Dios en los hombres y en el mundo haya podido atribuirle, para hacerse encuentro con la gracia que, por Cristo, viene de Dios.

Todo es gracia, y Dios viene en los más pequeños acontecimientos.

“Después de la eternidad lo que tengo en más estima es el tiempo”, ha dicho auguén.

“Sacramento del presente instante, en viles apariencias nos das al mismo Dios” (8).

(7) G. THILS, *Santidad Cristiana*, ed. Sígueme, Salamanca 1962, 2 ed., p. 281.

(8) J.-P. CAUSSADE, S. J., *El abandono de sí mismo...*, Madrid 1962, p. 22.